

TIERRA

Julio Serrano Echeverría

CENTRAL AMÉRICA / 11

ESTADOS DE LA MATERIA / 47

El fuego / 49

El volcán / 85

La piedra y la madera / 105

ANTES DEL MAR / 127

Azul/verde / 131

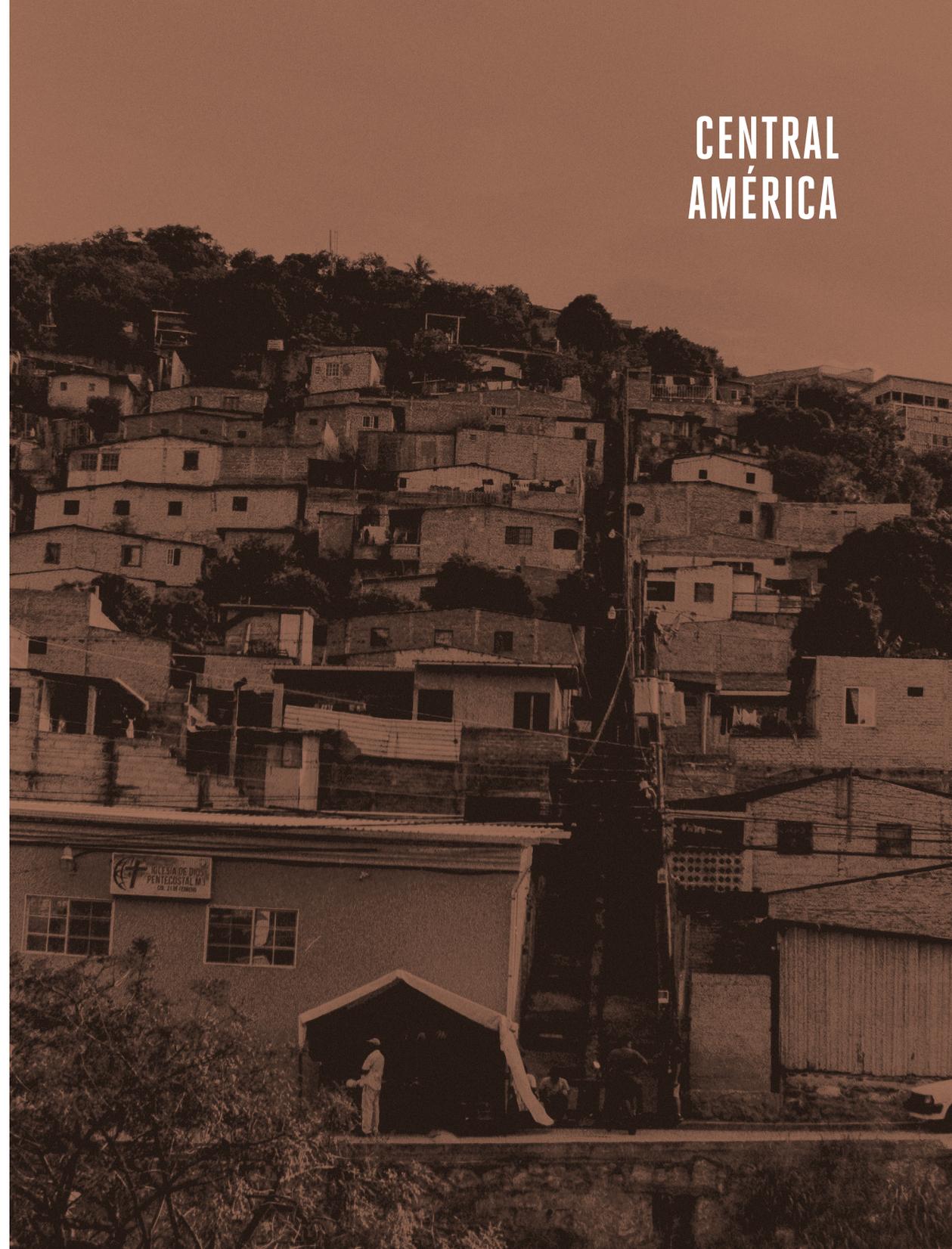
Piedra caliza / 143

Caracol / 163

Cielo / 189

Canción final / 203

CENTRAL AMÉRICA



Emergimos del mar
cuando aún éramos piedra,
partimos las aguas,
nos hicimos puente,
ombligo fuimos

cintura de piedra,
cintura de tierra,
cintura de selva;

emergimos del mar
como un puño que reclama,
emergimos de la tierra
como un puño que florece,
así nos hicimos camino

entre el corazón
y el tiempo.

Camino del viento,
camino de la luz,
camino de las piedras,
camino de los ríos,
camino de las montañas,
camino de las palabras,
camino de los abuelos,
camino de las madres,
camino de los hermanos,
camino de los amigos,
camino de los nietos,

camino de los caminos.

Hacia el norte,
hacia el sur,
hacia el sol,
hacia la noche.

Así fueron agrietándose
las líneas en nuestras manos,
las líneas en nuestros pies;
como pequeños continentes que se unen,
como sierras que atraviesan nuestros cuerpos,
como terremotos y barrancos
donde el sonido de nuestras voces crece y desaparece.

Así fueron dibujándose
las líneas en la piel,
fuimos escribiendo
la memoria de las piedras.

Así los recorridos de la sangre al amanecer,
el serpenteo de la esperanza,
la mordedura del sol.

II

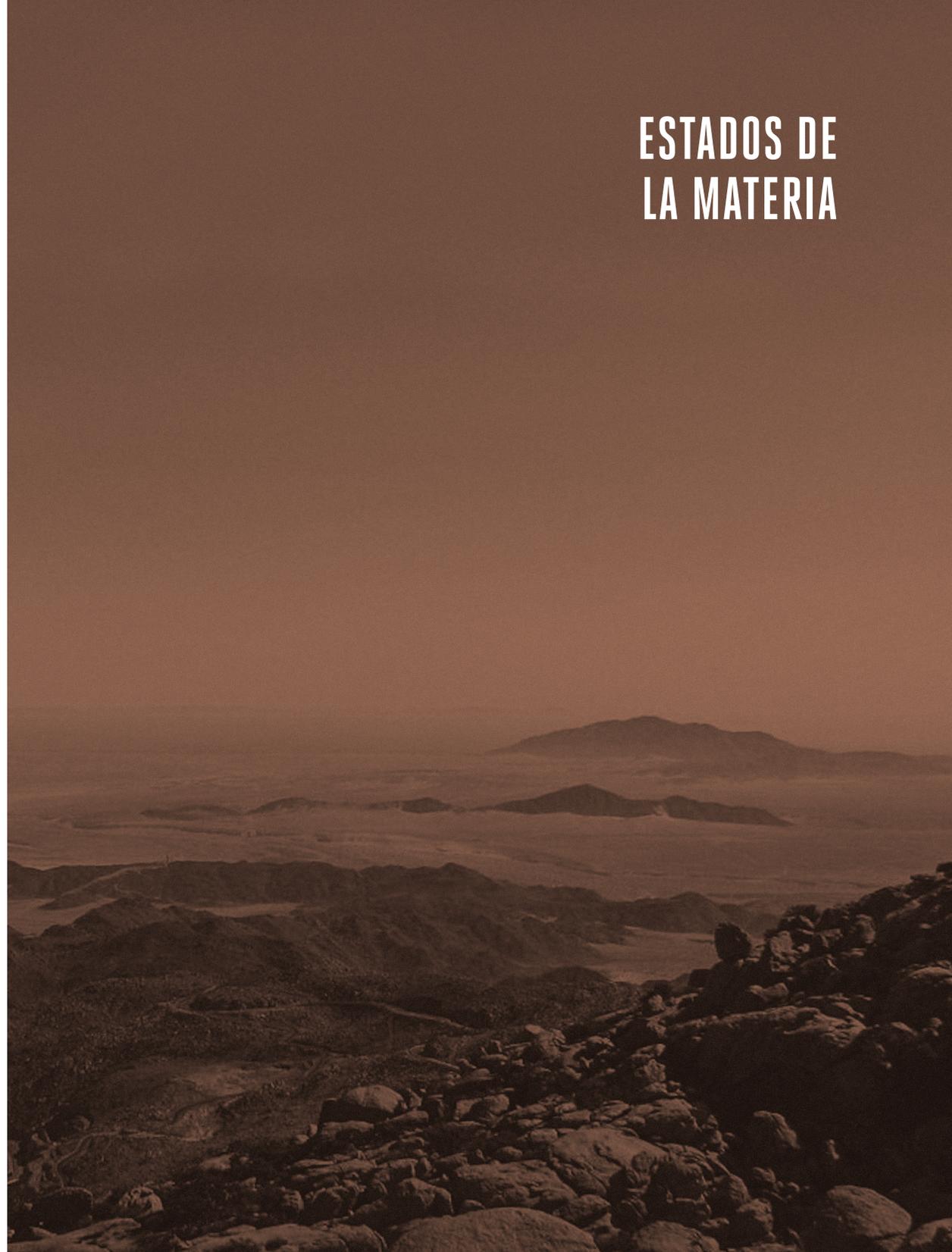
Acá estamos,
aquí seguimos,
moviéndonos,
vibrando,
como los árboles vibran,
crujiendo
como las piedras crujen,
canto y cuerda en una rama,
la voz antigua de los acantilados
la mano suave de la brisa.

Acá bajo la piel
nos hacemos música,
dibujos sobre la piedra
que pasan imperceptibles
por la mirada de alguien
que despierta en medio del atardecer.

Los árboles corren veloces por las ventanas,
de recordar cómo éramos en las aguas,
los árboles serían delfines
y las montañas ballenas,
de recordar,
el desierto sería el mar desde esta ventana.

De recordar cómo éramos en la tierra,
aquello que no es este bus
serían cuerpos gigantes soñándonos,
y la mujer mexicana y sus cinco hijas a mi lado,
serían un sueño de los cuerpos gigantes,
y la mirada desprevenida de los que se van
y se hacen bosque,
se hacen desierto,
atardecer,
sol en el rostro:

ESTADOS DE LA MATERIA



Es posible que todo nuestro intento de tratar de explicar la vida sea nada más un mero pretexto para contar una historia. Se antoja fantasear que todo el delirio científico por explicar las estrellas, sea la manera en que cierto tipo de anciano se sienta en su mecedora a contarnos la historia de la Gran Explosión. Un día la hija de un amigo hizo la síntesis que la ética estaba esperando: cuando haya que elegir entre dos opciones, nos dijo, elige siempre la mejor historia. Aunque podríamos empezar a cuestionar cuál es el criterio para elegir la mejor historia, he de reconocer que hasta ahora la ganadora, en mi caso, es aquella que se empezó a contar antes de tener que tomar la decisión. Son caminos las historias, y a veces un camino observa a otro camino que transita paralelo, perpendicular, lejano, borroso allá en la montaña. Y a lo mejor así empezó todo esto, colocando una piedra en la palma de mi mano y sintiendo que estaba ante una tremenda historia.

No debería ser en realidad un conflicto pensar que si el ejercicio es construir conocimiento, la forma no tiene por qué ser un ensayo. Es decir, en el acuerdo común de la palabra escrita –que tiene esta tan particular pulsión de imprenta– se presupone que el espacio natural para la reflexión que busca relacionar distintos eventos, objetos, historias, en un contexto muy particular, debería de ser un espacio ensayístico. Llama la atención cómo un texto «de opinión» o un poema, o una crónica o una simple bitácora podrían verse como un complemento a aquel otro discurso, acaso *más* articulado, acaso sesudo y *bien* estructurado.

Siempre he reclamado a los científicos sociales que publican sus investigaciones y guardan sus diarios de campo: lo primero que los hijos tiran de la biblioteca de la madre/padre científico social son sus libretas de campo, librerías y librerías llenas de libretas con apuntes. Sería el equivalente de tirar la carne y guardar el hueso. También les he reclamado una y otra vez que sean tan científicos y tan poco *cientistas*. A lo que me suelen responder con una amable sonrisa que demuestra, irrefutablemente, que los científicos sociales también sienten.

Lo que sí es un hecho es que estos textos son un acompañamiento, una maceta, *patio sin corral* de una historia que les voy a contar con mis palabras, con mi cuerpo.

Caminamos un trecho de un par de kilómetros que tenían de largo lo mismo que el lodo de profundo. Felipe, nuestro amigo Ixil, caminaba liviano sobre las piedras, sobre los troncos, llevaba un pantalón negro y unos zapatos de vestir del mismo color; al final del recorrido, salvo algunos pequeños salpicones de lodo, sus zapatos seguían brillando. Nosotros, por el contrario, estábamos con lodo hasta las rodillas, y en mi caso, hasta los codos. Tratábamos de subir a un altar en medio de una milpa cerca del cerro de Juil. Felipe le llamaba indistintamente altar e iglesia, no dudo que en Ixil tenga mejores palabras para nombrarlo, pero sus acotaciones eran del tipo «estas gradas son la entrada del templo», «acá se mira el muro de la iglesia», «este es el verdadero altar del señor de Chajul».

Al llegar, unas «ruinas» se erguían en medio de una milpa seca y caída, tal como quedan los sembradíos de maíz luego de la tapisca.

En el lugar era fácil reconocer algunas gradas, piedras que pudieron ser un muro, y entre ellas aún erguida la que parecería ser la esquina de algún lugar de la edificación. Varios cientos de años se guardaban en esa esquina, en esa pared de un poco más de metro y medio que aún quedaba de pie, y que ahora es el altar principal de Juil, el lugar donde dicen que estaba Chajul al inicio, al inicio del tiempo hemos de pensar, sobretodo cuando Felipe señala una piedra que queda erguida frente a esta pared: «esa piedra está ahí desde los orígenes del tiempo», nos dice, «es un jaguar».

Yo veo fijamente a la piedra y está llena de vida, telarañas, insectos, musgos, hongos, el jaguar que está ahí desde el origen del tiempo es un árbol de raíces cámbricas, de raíces ígneas del cretácico, piedra volcánica hecha jaguar; piedra caliza. A la memoria de aquel Jaguar habría que añadirle el trazo de la mano que lo hizo jaguar, como si se escribiera lo obvio sobre la piedra, y la palabra infinita de Felipe, «el inicio del tiempo». Si se raspara un poco la superficie de esta piedra y encontráramos un material blanco, podríamos imaginar que antes de haber iniciado el tiempo, esta piedra era el fondo del mar.

Y el fondo de mar nos da vértigo. Por eso miramos sobre todo al cielo.

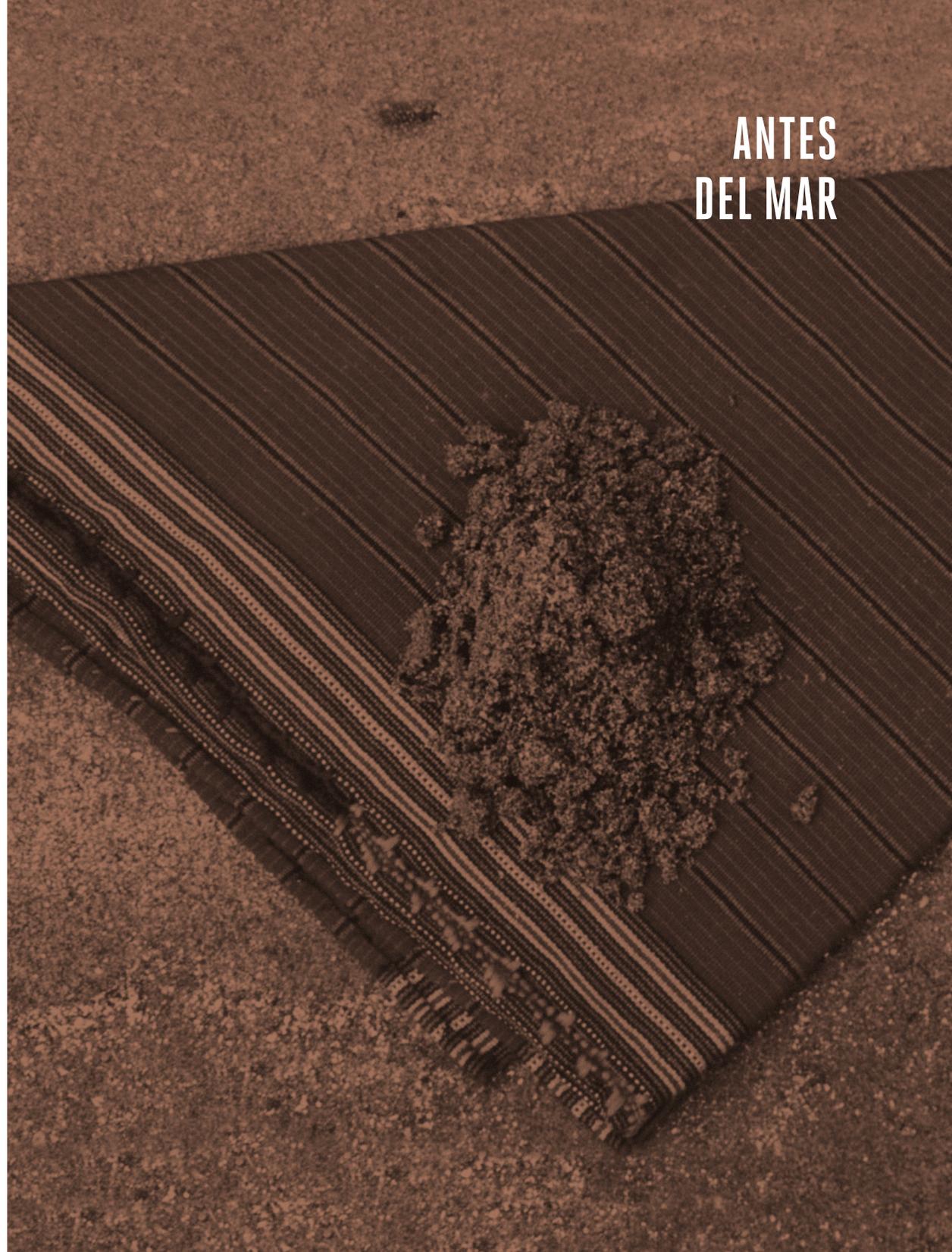


Un día
mi padre me enseñó
que el ocote
era el corazón de un pino joven.
Que cada vez que prendíamos un fuego,
aquel árbol
se convertía en luz.
El olor,
me decía mi padre acercando su nariz al tronco,
es la memoria del rayo
que estuvo todo el tiempo
a punto de tocar tierra justo en este pino.

Es mejor cuando se inclina,
decía mirando cómo el ocote formaba
una llama del tamaño de un colibrí.

Y hay noches oscuras
en las que pienso en las palabras de mi padre
y en el fuego de un ocote que se prende.
Hay noches oscuras sin fuego,
sin luz,
sin historias
y aún así,
llevo en mí el rastro
de aquel pino joven que nos encontramos
partido, en medio de la montaña,
en el pecho, la memoria del trueno.

ANTES
DEL MAR



Una misma palabra para lo que entendemos como verde y azul,
nombrar todo aquello que cubre la vista de pie en una altura en Yucatán:

Ya'ax: verde.

Ya'ax k'uk': verde oscuro que tira a azul.

Ya'aya'ax k'ante: cólera verde, entre azul y verde, cosa verde no madura, verduzco.

Ya'xkab: azul, cosa clara o azul aturquesado.

(Ah) ya'x bak': descolorido, hinchado.

Ya'xhal: ponerse verde o reverdecer.

Ya'xholenil: verdor.

Ya'xhule'n: color del cielo.

Ya'xk'ole'n: tiempo que se aclara, nubes que se despejan.

Ya'axil ha': el color verde que toma el agua por profundidad.

Ya'ax ka'an: arco celeste, arco iris.

Y el verde del mar será como tu corazón.

Y el azul del mar será como tu corazón.

Y el azul verde del mar será como el azul verde del cielo

y el azul verde de la selva,

y de las piedras que envejecen con la vida encima,

reverdeciendo,

reazuleciendo.

Hay una misma palabra en español

para decir

azul

y

verde:

distancia.

Marisma

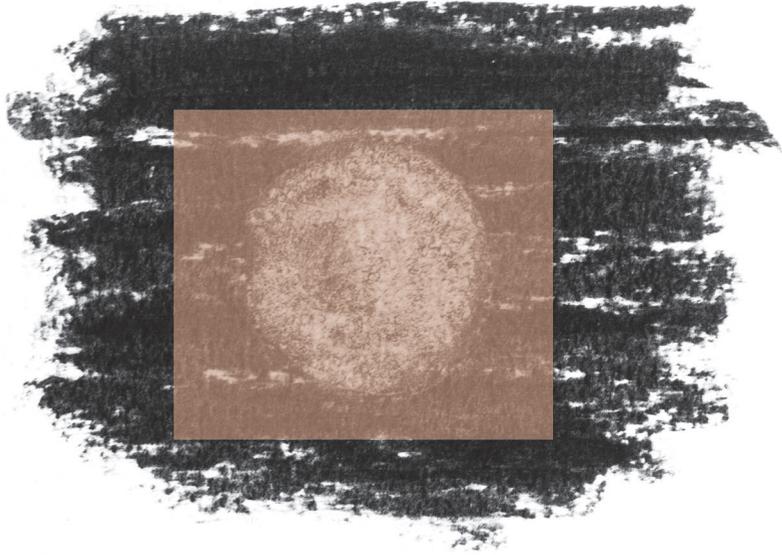
La canción de las aguas salobres,
sin mar ni río.
Quedan cuerpos en medio de la historia,
sin mar ni río.
Quedan cuerpos vivos haciéndose los muertos,
sin mar ni río.
Quedan cuerpos muertos haciéndose las plantas,
sin mar ni río.
Peces y cabras abrevando, rostros que se reflejan,
sin cuerpo,
sin mar, sin río.
Azul de mirar profundo, ojos blancos ahogados,
cangrejos que se lanzan sobre un cerro,
que se lanza sobre un río,
que se lanza sobre el mar,
y el agua que no es dulce ni es salada,
sin mar ni río.
Lección fundamental de las cosas vivas,
no hay hueso que no sea sal,
no hay sal que no sea mar,
ni lágrima de río.

Estuario

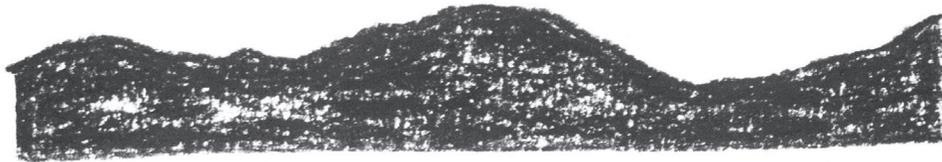
El caudal del Orinoco
remontando con su fuerza
kilómetros de mar,
hizo que Colón
pensara que estaba llegando al Paraíso.
El Paraíso que estaba protegido por sus ríos,
por la fuerza de cientos de miles de piedras,
de cientos de miles de árboles,
de cientos de miles de montañas
y sus pueblos,
sobre quienes la lluvia
hizo cauce,
gesto erguido hacia el cielo.

La declaración perpetua de la vida
que baja por la ladera
hasta empujar las naves en el mar,
hizo que Colón pensara
que estaba llegando al Paraíso.

El río llega a la mar,
llega desnudo el río.



El espacio vacío
también fue piedra.



Toda piedra
es una piedra partida.



Tierra

Primera edición de *Central América*, 2013

Primera edición de *Estados de la materia*, 2017

Primera edición de *Antes del mar*, 2018

© Julio Serrano Echeverría, 2013, 2017, 2018

© de esta edición, SOPHOS, S. A.

Edición a cargo de Philippe Hunziker

Fotografía de portada: *Para escribir un poema*, Julio Serrano Echeverría, 2020.

Goma bicromatada sobre papel algodón. Añil y ceniza volcánica. 6 x 4”.

Ilustraciones y fotografías de solapa e interiores: Julio Serrano Echeverría

Diseño de portada y diagramación: Víctor Gomollón

Publicado por SOPHOS, S. A., octubre de 2020

4.ª avenida 12-59, Zona 10, 01010 Guatemala

sophos@sophosenlinea.com

www.sophosenlinea.com

ISBN: 978-9929-745-16-2

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en Guatemala